

Allá por el siglo tres, Valentín era un cristiano que vivía en pleno Imperio Romano. Precisamente el ser monoteísta era la razón por la que el emperador Claudio III lo encarceló y mandó a ejecutar. Debido a que era un hombre culto, su carcelero pensó que sería buena idea que ilustrara con sus enseñanzas a su hija Julia, ciega de nacimiento. Cuenta la leyenda, que gracias a la fe en Dios que Valentín sembró en el corazón de Julia, le fue devuelta la vista, curando su ceguera. Era tal el aprecio y el cariño que Valentín sentía por ella, que días antes de morir le escribió una carta diciéndole que nunca se alejara de Dios, firmada como “Tu Valentino”. Al día siguiente, un 14 de Febrero del año 270, Valentín fue ejecutado. En su memoria, Julia plantó un almendro en su tumba, reconocido como un símbolo de amor y amistad.

---

Si pudiera hacer magia, la utilizaría para montar un escenario en el aire, y así con el mínimo esfuerzo de alzar la vista, pudieras ver lo agradecida que estoy de tenerte.

Si pudiera, me abriría el corazón en canal, para que pudieras ver que todo lo que me has enseñado lo llevo siempre ahí conmigo, en cada paso que doy, en cada decisión que tomo.

Que si pudiera, si hubiera alguna manera... No hay cosa en el mundo que quisiera más, porque de haber alguna manera, no dudaría en mostrarle al mundo lo bella, noble y limpia que es tu alma.

¡Y qué afortunada soy de verla!

¡Y qué egoísta me siento porque sean mis ojos los únicos que lo vean!

Cuánto me gustaría tener tu tesón y tu valentía... Y es que admiro y envidio tu fortaleza, pero sobre todo, tener el arte de no existir nadie más en el mundo que se te parezca. Dicen que los ojos son el espejo del alma y que cuando nacemos, el alma nace con nosotros siendo limpia e inocente, como la mirada. Pero con el paso de los años y los daños, ésta se va oscureciendo, se va enturbiando. Sin embargo tú, siendo guerrero y lleno de heridas, has conseguido mantener tu mirada con cada año más limpia, con cada daño más noble. Has sobrevivido a las peores imágenes grabadas en tu retina, a alfileres clavados en el corazón, a cientos de obstáculos en la construcción de tu camino... Saliendo siempre impoluto del óxido que nos oxida al resto de los mortales.

Jamás he visto a nadie mirar al miedo como tú lo haces. Que por mucho que vea y que aprenda, jamás llegaré a ser ni la mitad de lo que tú eres. Pero sé que de eso tampoco se ha tratado nunca, por eso sé que así estás satisfecho. Que al igual que Valentino hizo con Julia, tu forma de amarme siempre ha sido quitarme la venda y curarme la ceguera. Ahí donde la vida trataba de hacerme creer todo lo que parecía ser, has estado tú para mostrarme lo que en realidad era. El valor del esfuerzo, de la lucha, del sacrificio y el significado del amor, me lo has enseñado todos y cada uno de los días desde que decidiste que yo formara parte de tu vida. Sin duda, ha sido la mejor forma de ilustrarme y el mejor regalo que nadie nunca podrá superar.

Y es que yo sé qué es el amor y he aprendido a amar gracias a tí. Gracias a que me enseñaras que el amor no se grita por mucho que yo lo quiera gritar, sino que consiste en un alma noble y generosa que se desliza con el tacto de la seda entre dos personas que se aman.

Por eso te escribo en este día, por ser mi eterno Valentino, el que ha sido siempre fiel a sus principios aun a riesgo de ser condenado; El que me enseñó a entender que la cantidad de los besos no determinan su calidad; Gracias por mostrarme siempre la verdad bajo este velo de protección y cariño que ahora llevo envuelto, por esforzarte en hacerme la vida más fácil, por prepararme cada noche los algodones entre los que sueño... Y tantos motivos tengo para agradecerte que si me pusiera a ello, me pasaría el resto de mis días escribiendo y jamás llegaría nadie a comprender, por mucho que leyera, la magnitud de tu entrega. Ni qué decir de mi enorme fortuna, aquella que Cupido me regaló hace veinticinco años cuando me dejó caer en tus brazos, que nunca volvió a apuntar su flecha tan apropiadamente.

Por lo que haces, por lo que eres, por lo que enseñas... por todo lo que das.

Mi Valentino no es otro que tú, papá.

